

Y DESPUES, NADA

«...me dijo de repente: Nosotros tan tranquilos, y dentro de nosotros está siempre el esqueleto nuestro, nuestro muerto».

GABRIEL MIRÓ

EL terco sonsonete del despertador me hizo tirarme de la cama. Eran las siete. Me acerqué a la ventana y advertí un blanquear mortecino, repleto de cenizas albas. En las voces roncadas y matinales —hechas de sueño roto, de calor ido— fui escuchando el por qué de la blanca amanecida. Oí:

—¡Virgen, qué mañana de nieve!

—¡Madre, pero si hay dos palmos! ¡Anda, repara cómo cae!

—¡Chico, qué requetefrío!

Un lloro —tozudo, machacón— cruzó las voces, arañó la mañana. Ayos, resoplidos, gimoteos parecían pulular —y luego alzarse— entre el negror de unas sábanas, la mugre de un lecho, el tacto viscoso del pañal mojado y el aire espeso, malsano que se forja en el resollar dormilón de un haz de personas. Llorar, llorar de niño enfermo que trajo el desaliento al alma. Y, como prendida al lloro, la voz de una mujer volvió:

—Muchacha, Rita, no dejes levantarse al crío... ¿Me oyes?

Callaron las voces, calló el lloro. Callaron o las ahogó el ruido de un motor. Motor y faros lo llenaron todo. (Motor: rumor, al pronto; chirrido, luego; susurro, después. Faros: tenues reflejos, al pronto; encendidos amarillos, luego; rubia sensación ida, después.) Y luego, aún en los últimos runrunes, aún en los últimos jaldres, Frasquita la posadera —pañuelo negro, refajo amplio, nariz de garbanzo, ojos de lagartija—, musitó:

—Sí, la Viajera, la de Covanueva... ¡Jesús, qué pueblo! Muchos señoritos, mucho Madrid, mucho ir y venir, ¡ay, Señor!

Y agregó:



—Mal tiempo escogieron los malditos para viajar... Pero, por mí, allá penas, ¡que Dios los ampare!

Al rato, ya en mi puerta, con repique de nudillos;

—Señor médico, las siete dieron... ¿Oyó la Viajera...? Faena, faenica han de darle esos.

La nieve cogió estas últimas palabras y ellas surcaron —con sus trazos negros, siniestros, amenazadores— el blancor de la amanecida.

* * *

—La Viajera volcó... Prisa, deprisa —me dijo un zagal, y lo dijo en un aullido.

* * *

Llegué tarde. Llegué cuando el latir de la vida había entrado en el no latir de la muerte, cuando el cuerpo yerto confundía su helor con el de la emblanquecida tierra... Unos hombres, unas mujeres, un niño eran ya: trozos de carne yerta, retazos de vidas idas, de esperanzas rotas, de ilusiones baldías... Fuimos recogiéndonos... Unas cuartillas —líneas cortas, desigual letra— habían quedado sobre la nieve. Las cogí. Y en ellas me pareció encontrar el apunte del último tramo del vivir de unos seres —diseminados, dispares— que fueron a unirse para topar juntos con el salir de sus muertes. Con el salir de la muerte que adentro llevamos. De esa muerte que, en nosotros, se pliega, espera, aguarda, disimula. Leí:

* * *

«Tengo miedo. Es inútil que intente disimular conmigo misma; inútil que pretendá, al enfundar mi cabeza en el alto cuello del abrigo, marcar la barrera entre mi yo y las motas blancas, algodónadas, espesas, constantes que ya calan.

No debí salir de casa. Al dar el primer paso —al enterrarme mi pie en la blanca capa— noté el forcejeo de la indecisión... Al fin, me decidí a ir. Salí.

Y todo era blanco, de un blancor maldito.

Empecé a andar, a andar. Me costaba trabajo. Era difícil el orientarse, difícil el caminar.



Sobre la calle —cinta blanca, larga, interminable—, la nieve venía a ser la careta mentirosa, encubridora del charco sucio, del hoyo torpe, del empedrado carcomido, de la basura olvidada. (Mis pies ahogaban la nieve. Y la nieve, quejosa, les dió su helor... Después, cesó en su helor, los convirtió en extraños zancos, y yo noté que aquellos zancos eran de una madera ajena a mi ser. Eran rígidos, eran yertos: no eran míos.)

Y andaba, andaba. Y la calle seguía larga.

A la calle la bordeaban las casas. (Las casas: testigos mudos, estúpidos guardianes que se aferran en ocultar, tras sus paredes terrosas —hoy blancas, moteadas de copos—, tras sus puertas toscas —hoy blancas, lacradas por el hielo—, el sueño, el calor —o, acaso, la ilusión; o, acaso, el desengaño— de sus dueños.)

Y la calle seguía muy larga. Seguía muy blanca.

* * *

Al cabo, llegué al cochérón. (Por fuera: una puerta enmohecida, de chirriantes goznes; un portalón blanco, hecho de nieve. Por dentro: su forma recordaba la del nicho, la de un gigantesco nicho; era negro, estrecho, largo; tenía pestes de gasolina y gruñidos de motor.) Entré. Me hice a una orilla.

Poco a poco, fueron llegando varias personas. La oscuridad impedía el dibujo claro de sus perfiles. Se adivinaban por sus bultos —bultos que venían a ser: mochazos negros, trazos con movilidad lenta sobre un lienzo de frío blancor—. Se fueron formando pequeños grupos, pequeños redondeles en torno a las personas que habíamos de partir. Pequeños grupos, pequeños redondeles que parecían estar tallados en la piedra tosca, ruda, árida de un fantasmagórico y viviente menhir.

Casi nadie se movía. Casi nadie hablaba. De tarde en tarde, una palabra suelta, una frase aislada —...«cuidate»..., «escribe»..., «vuelve pronto»...—, un suspiro ahogado —acaso cuando la mano subía a borrar una lágrima—. Pero, la palabra, la frase, el suspiro, se rompían; volvía el silencio, volvía y se hacía pesado, denso.

De pronto —de uno de aquellos seres, del bulto oscuro de junto a la puerta—, salió una voz desusada, gangosa. Y la voz dijo:

—¡Idiotas! Esperáis a la muerte. Esperáis a vuestro propio entierro.

Nos volvimos tardos, torpones —como quienes despiertan de un sueño— hacia la voz; y la voz, con un gruñido, volvió y:



—Sí. A la muerte, al entierro —añadió.

Mala, mala sombra tenía el chiste. Algunas mujeres quisieron reírlo, buscaban —acaso— en ese reír el escondite a un recién levantado recelo. Algunos hombres se indignaron, buscaban —acaso— en ese indignarse una careta para ocultar su nuevo temor.

Sonó la risa de estas mujeres, y dijeron:

—Calla. Perrochato. ¿Tan mal nos quieres? ¿Andarás ya bebido? Calla, tonto, calla.

Sonó la impaciencia —en tacos y blasfemias— de estos hombres, y dijeron:

—¡Vete, maldito! ¡Vete, pájaro de mal agüero!... Vete, maldito, vete.

Y el bulto de Perrochato, el tonto, el maldito del lugar empezó a ir; mientras iba su voz sonaba así:

—«Año bisiesto, año funesto»... «Tontos, tontos son los hombres que sobre ruedas van»... «Año bisiesto...».

Y rieron las mujeres. Y rieron los hombres. Rieron... Y reían con su risa mentirosa, falsa, rutinaria.

Se fué el tonto, se fué. Su sombra grotesca se metió tras las sombras de las casas blancas, tras la sombra del desnudo árbol, tras esas sombras hurañas que irían a morir entre las claridades del día.

* * *

Sonaron, pesadamente, cinco campanadas. Las campanadas panzudas del reloj azul de la torre.

Y el motor del coche zumbó. Empezó a lanzar esos quejidos, esas sacudidas nerviosas que vienen a ser el anuncio de un querer andar. Se alzaron los brazos en busca del cuerpo hermano. Se oyeron palabras que encerraban adioses:

—Que Dios os guarde.

—El te oiga, mujer.

—Que no te olvides de escribir.

—No. Escribiré.

—Que San Rafael os guíe.

—Así sea. Adiós. Adiós, madre.

—Pronto. Vuelve pronto.



—Sí. Claro que sí.

Y fuimos subiendo.

A la luz de los faros —recién encendidos— vimos a los que abajo quedaron. Sus miradas estaban fijas en los que partíamos. Expresaban: zozobra, pena, dolor, angustia, vacío. Tenían: todo lo que aún no habían sabido darnos. Tenían promesas... Miradas, miradas de adiós que se clavaban, que clavadas vienen en nosotros. Miradas.

Y el motor del coche zumbó fuerte. Las manos —de los de abajo, de los de arriba— se levantaron en señal de muda despedida, y en el trazo que marcó la mano alzada había un intento de querer borrar los tristes pensares, de ahuyentar los negros presagios.

Y el motor del coche zumbó más fuerte. Se oyó, a un tiempo: unas campanas, un portazo, un silbido... Y el coche arrancó.

Calles blancas, plaza blanca, casas blancas, corrales blancos, tapias blancas, árboles blancos y, después, campos blancos —encerrados en el negror de la noche— fueron pasando. Y pasaban monótonos, mudos, quedos como los anuncios insulsos de un cartelón repetido... Y siempre quedaba la carretera, la carretera blanca.

Nadie hablaba. Nadie se movía. Nuestros cuerpos estaban allí, en el coche, amoldados al roñoso asiento; y nuestros pensares lejos, en las miradas que, antes de quedar atrás, confundidas en la blanca-negra noche, se hicieron: lamentos, para llorar las ansias y zozobras de la vida ida; promesas, para tejer las dichas de un futuro incierto, futuro que parecía ir muriendo entre el caer de la nieve, de la nieve blanca.

* * *

Ha pasado una hora; tal vez, dos.

Afuera: se apunta un pálido amanecer, hecho de sudarios blancos, de tintes lívidos; un tímido clarear de cielo que va enseñando —al afianzarse— una tierra de contornos deformes, una tierra de desolante albor... Una rama cargada de nieve se inclina, sumisa, sobre la blanca tierra, sin surcos. Unos arbustos enqueñados nacen de la nieve, oscurecen la niebla y muestran, avergonzados, la inutilidad de sus varas. Unas cepas, rompiendo la uniformidad blanca, asoman y semejan —en este asomar— agarrotadas y quiméricas manos de unos seres que, desde un más allá, reclaman atroz venganza. Unas bombillas, las de un poblado cercano, par-



padean y —en ese parpadear— lanzan, coquetas, un guiño burlón al alba. Y la luz amarillenta —pocas veces, verde; pocas veces, roja— de los faros lame, mimosa, la carretera blanca, sin contornos.

Adentro: un altavoz chilla; rezuma: amoríos, deseos, ayes, traiciones. Unos bailables suceden a otros... A veces, una voz aguardentosa —de mujer—, una voz babosa —de hombre— manchan con sus languideces unas tonadas de ritmo fácil, de letra insulsa. Otras, unos alaridos, con su salvajismo estridente, cortan el tantán monótono, dormilón de una lejana danza, de un grosero condombe..., que suena, que suena... No encajan estos sonos. Resbalan. Nos llegan ingratos, como un granizar entre dientes. Chocan con los rostros serios, con las poses recogidas. Con esos rostros, con esas poses —de ciprés marchito— que tanto asemejan a las que vestimos, hipócritas, al entrar en un rosario de difuntos..., en uno de esos rosarios en que —cuando la casa aún huele a muerto— una mujer, al compás del suspirar de las gentes, va pasando entre lacrimosas avemarías, entrecortados paternosters, sollozantes requiems.

* * *

Entre lo andado varias veces ha ido parando el coche. Unas veces, en plazas de aldea —plazas de porches, farolas, iglesia; anuncios mojados de cine, cartelones deshechos de toros, rótulos cubiertos de tabernas: nieve en todo, que cubre, moja, deshace—. Otras, en cruces de caminos —cruces oscuros, repletos de nieve, con deshilvanados árboles, con ocultas ribas—. Han ido bajando, unos; subiendo, otros. Los que bajaban se alzaban los cuellos, se envolvían en mantas y:

—Quedad con Dios —murmuraban,

o

—Buen viaje —decían.

Los que subían sacudían su nieve, buscaban asiento y:

—Santos y buenos días, a todos —musitaban,

o

—¡Salud, amigos! —gritaban.

* * *

De aquellos seres que, en el cocherón, fueron sombras y después, ahora, rostros claros, definidos, sólo veo a cinco: un seminarista, un estu-



diante, una mujer, un niño, un labrador... Cierta afinidad —nacida de pesares y sobresaltos compartidos, en esta noche blanca— se ha establecido entre nosotros. Yo podría, lo sé, hablar con cualquiera de ellos. Sin embargo, ¿para qué hablar? Me limito a mirarlos y:

* * *

Miro al seminarista.

Sostiene un libro entre las manos, «El valor divino de lo humano». Lleva: el pelo corto, así al ras; el traje raído, negro; la camisa limpia, blanca. Abre el libro; al cabo lo cierra. Y, al cerrarlo, deja caer los párpados rojizos, deja caer los largos brazos, junta las manos, entrecruza los dedos finos; y brazos, manos, dedos van a caer sobre sus piernas largas, sobre sus piernas tímidas que ya reclaman sotana.

Si alguien le pregunta algo —ocurre raramente— se pone una sonrisa humilde, y las palabras —al responder— se untan y salen sumisas, melancólicas, serias. Su hablar gira en torno a: 'Dios', 'voluntad divina', 'Providencia'...

La madre al partir le dijo:

—Hijo, escribe pronto... Ruega por padre... Cuidate. No estudies tanto. (La voz de la madre era ruego, ruego entre lágrimas de adiós.)

El contestó:

—No se preocupe, madre. Confíe en Dios, en ese Dios que todo lo puede. (La voz del hijo era como el sonsonete de una lección aprendida, de un prematuro sermón. Pero, al decir madre, en sus ojos hubo lágrimas de amor.)

¿Y, ahora, en esta noche blanca, qué habrá venido pensando el hijo? ¿Recordará las palabras de la madre? ¿Entreverá, acaso, una tierra lejana, sin horizontes, en donde sembrar la fe?

La madre pareció quedar pensando:

«Es un santo, un santo. Ya lo decía yo cuando era pequeño... ¡Ay, Señor! Y pensar que antes de un año vestirá sotana..., y que antes de cuatro cantará misa..., y que antes de cinco estaremos en un pueblo..., y que allí, allí será el señor cura... Y todo tan pronto, a la vuelta de la esquina, como quien dice... Es un santo, un santo, ya lo decía yo, ya lo decía...»

* * *



Miro al estudiante.

De una maleta ha sacado un libro; de una carpeta, unos apuntes. Sobre las piernas —cruzadas, una encima de otra— deja la carpeta. Toma los apuntes, los abre...; pasa una hoja...; después, otra... Consulta el libro..., lo cierra... Torna a los apuntes... Al cabo del tiempo descansa. Y luego, de nuevo, vuelve a los apuntes; de nuevo, al libro.

Este tornar y retornar a apuntes y libro tiene sabor a noche vísperas de exámenes —noches que al ser recordadas ahora traen una visión clara, precisa: luz baja, de flexo; papeles revueltos; libros maltrechos; horas lentas y soñolientas en la medianoche, rápidas en la madrugada; prisas, nerviosismos y..., de trecho en trecho, entre sorbos de café, un cigarrillo..., mientras: el flexo se apaga y los ojos cansados buscan el azul parpadeo de unas estrellas—.

La madre al partir le dijo:

—¿Volverás para abril?

El contestó:

—Qué sé yo, madre: ¡los exámenes caen tan cerca!

Y volvió a decir la madre:

—¡Ay, malditos exámenes, malditos estudios!... Nos traen de cabeza: dinero, separación... Dios quiera que nunca olvides los sacrificios que por ti hacemos... ¡Qué todo sea por tu bien, hijo mío!

El calló. Miró a los libros.

Ahora, también calla, también los mira. ¿Recordará las palabras de la madre? ¿Le pesarán ese dinero, esa separación, esos sacrificios? ¿O, por encima de todo, sentirá aquella mirada —última de la madre— en donde no hubo reproches, en donde todo fue amor? Aquella mirada que tantas veces viera de cerca, aquella que tantas y tantas veces recordara de lejos.

La madre pareció quedar pensando:

«Dichosos estudios. Gastos y más gastos. Libros y más libros. Y después, ¡ay!... Pero, ¿qué no voy a hacer por él? ¡Qué no hará una madre por ellos: si son pedazos de nuestro ser!... ¿Por qué, por qué crecerán los hijos, Dios?»

* * *

Miro a la mujer y al niño.

La mujer, calla; el niño, también.

En los ojos rasgados, pardos de la madre hay inquietud, zozobra —de



cuando en cuando, unas lágrimas—. En los redondos, azules del niño hay confianza, ilusión —de tarde en tarde, una dulce incompreensión—.

Van de luto. Una manta de borrosos cuadros alivia el negror de sus ropas. Un pañuelo, en la cabeza, deja al aire un mechón gris, de la madre. Ella, con frecuencia: un ¡Ay, Señor!, murmura; coge la mano del niño, la deja en la suya; acaricia la rubia y pequeña cabecita, la apoya en su pecho; y dice:

—Anda, hijo, duerme.

Si los ojos del niño siguen abiertos añade:

—¿Es que no tiene sueño mi vida? ¿Es que no tiene sueño mi rey?

Si la nieve cae con más fuerza:

—No te asustes, tú, mi cielo. No te asustes, tú, mi bien.

(Y arropa, con su chal negro, las piernas rosadas del pequeñín.)

Si el coche resbala, patina:

—¡Ay, mi hijo! ¡Ay, mi querer!

(Y aprieta, con sus manos amoratadas, la cabeza rubia del chiquirritín.)

Si no, la mujer calla; y el hijo, también.

El hombre al partir le dijo:

—No te preocupes, mujer. Al ver al niño mejorará. Ya sabes: en la vida todos los ayes pasan.

Después:

—Y si Dios llama, paciencia... De ley es: al cuerpo viejo la tierra le tira.

Luego:

—Volver pronto... Yo solo no sé apañarme.

Se volvió al niño y:

—Adiós, mocoso. Cuida de madre —dijo.

El hombre pareció quedar pensando:

«Va preocupada, es natural. ¡Pobre, pobre mujer!... Claro que yo también quedo mal..., sin ella que cuida de la casa..., sin el crío que la alegra... Pero, tenía que ir, ¡qué iba a hacer! ¡Qué iba a hacer!»

* * *

Miro al labrador.

Es de mediana edad, de mediana estatura. Viste: pantalón de pana; blusa negra; capote pardo. Sus brazos fuertes están hechos del ramaje del



olivo; sus manos morenas, del nudoso sarmiento; su frente arrugada, de tierra surcada, paniega; y en su mirar atento está el color del barbechar.

Acostumbrado a las soledades del campo —a esas soledades que acompañan sus pensamientos— la gritería de la radio le cansa. De la canción sólo gusta de la que sale en contacto de la tierra, la que huele a arado, surco, tierra abierta, sudor de hombre y yegua.

Ahora, en el coche, mira y remira a través del empañado cristal. De vez en vez, se mueve inquieto. De trecho en trecho, cuando una puerta se abre va a ella; asoma el brazo; después la cabeza; luego, suspira y:

—Todo, todo es blanco, Señor —murmura.

No ve los pardos, los amarillos, los rojos, los granas de las tierras; ni los grises del olivo; ni los verdes de los trigos; ni los rosados del almendro; ni el azul de los celajes; ni... Y parece pensar:

«¿Dónde están, Dios mío, esos múltiples colores que yo —en horas de silencio, de mucho mirar— he ido descubriendo en mis tierras?... Razon tenía la mujer. Y uno apegado al refrán. Aún recuerdo como se lo repetía: «año de nieves, año de bienes...». ¡Maldito refrán, maldito! ¡Razon tenía la mujer, razón!».

Llegó al cocheterón con ella. Hacía frío y nieve. Le debió decir:

—Vuelve, mujer, a la casa. Vuelve junto al fuego. No te resfries... No penes, si ya sabes que a la noche he de volver... No lloriquees, si ya sabes que la nieve para la tierra es buena..., si ya sabes que «año de nieves, año de bienes»... Anda, ve.

Pero no se fué. Quedó junto al hombre. «Terca, terca como la mula nueva; terca, pero buena», pensó él.

Ya en el coche la mujer le dijo:

—Me quedo con cuidado. ¿Por qué no bajas? ¿Por qué no nos volvemos juntos a la casa? Deja, deja de ir a la capital, nada en ella de bueno se encierra.

Y después:

—Pero..., si tú lo quieres, sea.

Y muy bajo:

—Adiós.

Y la mujer pareció quedar pensando:

«¡Ay, mi hombre! A la noche me dijiste y a mí se me antoja —Dios no lo quiera— que para siempre ha de ser... Vacía se queda la casa..., des-cuidados se quedan los campos..., sola, muy sola me quedo yo, porque los



hijos, ¡ay, los hijos!..., los hijos me salieron como los cuervos a la tierra... ¡Ay, mi hombre! Dime, ¿cuándo has de volver?»

* * *

El amanecer ha roto. Hay silencio. Y en medio del silencio, un viento que riza la nieve, que la arremolina, que la hace arena, que la pulveriza, que la hace chocar amenazadora contra las puertas, contra los cristales. Viento, viento-nieve que nos trae el pasmo, la congoja, el pavor. Viento-nieve que se lleva un rumor de sollozos desoidos. Nieve, viento entre los que muere nuestro mundo de esperanzas.

Sí. El amanecer ha roto. Hay más luz, pero una luz sucia, plumiza, blanca. Una luz de mortaja... Mortaja, blanca mortaja: en la tierra sin confines, en el árbol desnudo, en la tapia caída, en la casa alzada... Mortaja, blanca mortaja en el cielo bajo que nos cubre... Mortaja, blanca mortaja en el paisaje ancho, mudo, extraño que nos tiene... Mortaja, blanca mortaja.

Nieve..., por todo. Silencio..., en todo. Tiempo lento, parado, muerto... Y después, nada.»

